

Desde la Torre

9/07/24

6

Notre Europe, aujourd'hui, est mortelle. Elle peut mourir. Con esta alarmante afirmación el actual Presidente de la República Francesa, Emmanuel Macron, emprendía el 24 de abril de 2024 un discurso en La Sorbona sobre la “enfermedad” de Europa y su “diagnóstico”. Este discurso iniciaba el proceso de campaña política para las elecciones europeas.

En un contexto de crisis, inestabilidad e incertidumbre, de guerra entre Ucrania y Rusia, y entre Palestina e Israel, Macron abogaba por reforzar una Europa con más control geopolítico. La ironía de su discurso es que hablaba de la construcción de una Europa más “humanista” como solución posible. Sin embargo, el discurso del humanismo se traducían en el control, por parte de Francia, de una mayor soberanía estratégica con un doble objetivo: el refuerzo de las fronteras para vigilar la inmigración y el desarrollo de la industria de defensa para convertir a Europa en una gran potencia de armamento nuclear.

Parece paradójico que un discurso de repliegue político, radicalización y exclusión, que defiende abiertamente la unidad europea a través del desarrollo de la defensa militar y nuclear, se haya pronunciado en el mismo sitio en el que hace más de un siglo, el 11 de marzo de 1882, el filósofo Ernst Renan pronunciaba la famosa conferencia ‘Qu'est-ce qu'une nation?’ Para Renan, la nación no era la raza, ni la lengua, ni la religión, ni la geografía, ni la comunidad de intereses. La existencia de una nación suponía un “plebiscito cotidiano”, sostenía el filósofo francés, sobre la continuidad de la vida en común en el futuro. Ortega se hizo eco de esta tesis para sostener que una nación es un “proyecto sugestivo de vida en común”. Pero de vida en común en la pluralidad, no perdamos esto del horizonte.

Pues bien, ese plebiscito cotidiano para imaginar proyectos europeos de vida en común tuvo lugar el pasado 9 de junio, día en el que “algunos españoles” y ciudadanos europeos —fieles a la posibilidad que la “supranación europea” (como la llamaba Ortega) tiene— votaron la composición del Parlamento Europeo.

El resultado podría leerse desde unas líneas que Ortega escribió en 1937, en el ‘Prólogo para franceses’ de *La rebelión de las masas*: “Este carácter unitario de la magnífica pluralidad europea es lo que yo llamaría la buena homogeneidad”; sin embargo, “triunfa hoy sobre toda el área continental una forma de homogeneidad que amenaza consumir por completo aquel tesoro”.

La pregunta que podríamos hacernos es la siguiente: ¿tiene la Filosofía algo que decir sobre la Unión Europea? ¿Qué es eso que Ortega llamaba “los Estados Unidos de Europa”? ¿Hacia dónde queremos que vaya? O, dicho de otro modo, ¿cuál es nuestro proyecto político de vida en común como europeos?

En 1937 a Ortega no le cabía duda de que la salvación de las naciones europeas



consistía en una nueva integración en la pluralidad. Sólo cabía la superación del anacronismo que suponía el mismo concepto de “nacionalismo” por medio de la construcción de una Europa federal y unida bajo los mismos usos, costumbres, lengua y derecho. Europa era y es, en sí misma, un proyecto de vida y convivencia común que trasciende el reduccionismo de las identidades nacionales. Este proyecto de convivencia en la misma comunidad política se construye a partir de su escritura constitucional, que es, todavía hoy, una tarea pendiente.